

En defensa de la política

Inauguración del Curso FAES de la UCM

San Lorenzo de El Escorial, 27.06.16

Agradezco muy sinceramente a todos, alumnos y asistentes a este acto de inauguración del curso, su presencia y su interés.

En primer lugar, felicitar al Partido Popular, que es el partido más votado y el ganador de las elecciones. Ha demostrado una gran solidez y ser un partido extraordinariamente importante para la estabilidad de España. En esas circunstancias merece su reconocimiento y mi elogio y felicitación.

En segundo lugar, creo que también es una buena noticia que el PSOE siga siendo el segundo partido en España y que eso que se llamaba el sorpasso no se haya producido.

Y en tercer lugar, España tiene que resolver, entre otros problemas, uno que venimos arrastrando desde las anteriores elecciones, que es un problema de gobernabilidad y de gobierno. España necesita encontrar una fórmula de gobernabilidad y necesita formar un gobierno. Todo eso requerirá acuerdos y negociaciones, y exigirá también altura de miras y generosidad.

Si se tiene y se logra una fórmula estable de gobierno, España tiene una oportunidad para conjurar no solamente algunas amenazas internas que tiene sino también de dar un paso adelante en un escenario internacional confuso, pero que al mismo tiempo es extraordinariamente importante respecto a las oportunidades que puede ofrecer.

Deseo por lo tanto que el presidente del PP, Mariano Rajoy, en las conversaciones que tenga y en los esfuerzos que haga para formar gobierno, tenga éxito, y manifiesto mi apoyo, en la medida que sea útil, conveniente y necesario, para que ese éxito se pueda concretar lo más rápidamente posible.

Acabo de tener la oportunidad de expresar al rector de la Universidad Complutense nuestra satisfacción por habernos incorporado a estos cursos de verano. Nos incorporamos a una prestigiosa tradición académica a la que queremos también contribuir con la aportación de nuestros ponentes a lo largo de los próximos días.

Nuestro reconocimiento a quienes con su patrocinio hacen posible estos cursos, y al equipo de la universidad con el que hemos trabajado tan eficazmente. En estas jornadas escucharemos mucho y espero que debatamos más, si es posible, de modo que traslademos a un ámbito universitario como este la indispensable conversación sobre la política que debemos mantener y extender.

Aunque comparezcamos por primera vez en los Cursos de Verano de El Escorial, el encuentro que inauguramos hoy no supone un punto y aparte en nuestra trayectoria. Esta queda bien reflejada en doce ediciones del Campus FAES por el que han pasado miles de alumnos y cientos de personalidades de primera fila en el mundo de la política, la

economía, la comunicación y el pensamiento. La presencia de la fundación en este nuevo ámbito recoge toda la experiencia de esos encuentros y la pone al servicio de un proyecto diseñado con propósito y densidad académicas.

A esta finalidad obedece el título que hemos elegido: 'Presente y futuro del debate ideológico'. No es un nombre que hayamos escogido al azar, ni que busque sintonizar con ninguna moda. Muy al contrario, la elección entronca con la preocupación capital de la Fundación FAES por las ideas en la política. Una preocupación que es la razón de ser de nuestra actividad diaria.

Lo dije hace poco en el número 50 de nuestra revista, Cuadernos de Pensamiento Político, y lo repetiré de nuevo para ustedes: Si las ideas son expulsadas de la política, o si en nuestra sociedad arraigan las ideas equivocadas, en ninguno de los casos habrá regeneración posible. Y lo que tendremos que plantearnos ya no será cómo regenerar la política, sino cómo rescatarla de su destrucción.

Por tanto, no cabe mejor defensa de la política que el cultivo de aquellas ideas que han procurado libertad, igualdad y prosperidad a nuestras sociedades. Del mismo modo, no cabe mejor manera de prestigiar la política que entenderla y ejercerla tal cual es: como una actividad noble, creativa, civilizadora y, por ello mismo, limitada. Y no cabe mejor manera, realmente es la única posible, de hacer la política relevante para los ciudadanos que pensando la realidad y su dinámica de cambio social, cultural, tecnológico y estratégico.

Es tiempo de recordar que la política no tiene la capacidad de hacer a todos los hombres felices, pero sí puede hacerlos desgraciados. No faltan ejemplos en la historia. Cuando la política desborda su cauce liberal y cae en la tentación de invadirlo todo con falsas promesas de felicidad, se convierte en el arma de los programas totalitarios.

Decía un profesor inglés, Bernard Crick, que uno de los riesgos más grandes que corren los hombres libres es el de aburrirse de las verdades establecidas. Se trata de una reflexión que ilustra muy bien la relación que hoy mantienen las sociedades occidentales con los valores e ideas en los que se asienta su sistema de libertades y de bienestar.

Durante años hemos dado por descontada la estabilidad política y la prosperidad de nuestros países. Y ello nos ha llevado a incurrir en el error de confundir nuestro régimen de libertad e cohesión social con una suerte de regalo que hemos recibido graciosamente.

Hemos perdido la tensión ideológica que nos obligaba a redefinir en cada generación los términos del contrato social que fundó nuestras sociedades en la posguerra. Hemos descuidado la tarea de actualizar y traducir ese contrato en nuevas ideas que sintonicen con los tiempos manteniendo intacto su fondo conservador, liberal y social. Y ahora que el sistema se resiente y los populismos emergen por doquier, nos encontramos inermes intelectualmente para defender el valor y el fundamento de nuestras democracias.

Al hablar de verdades establecidas no se trata de quedarnos a vivir en la nostalgia melancólica de situaciones pasadas. Lo difícil es hacer lo que tenemos que hacer: aplicar esos principios establecidos a una realidad social en profunda transformación que acusa estados preocupantes de malestar; que exige nuevas expectativas; que debe afrontar desafíos intergeneracionales de los que dependen el futuro del bienestar, del empleo y de los proyectos de realización personal y libre.

¿Cuándo comenzamos a descuidar nuestras ideas y a no defender nuestras políticas? Me atrevo a decir que el colapso del comunismo, la desaparición del contexto de la Guerra Fría y el llamado fin de las ideologías nos produjo la ilusión de haber detenido, efectivamente, el reloj de la historia. En algunos produjo incluso la ilusión de poder prescindir de la política misma.

Tras la caída de los últimos cascotes del Muro de Berlín ningún sistema parecía estar en condiciones de rivalizar con el binomio formado por la democracia liberal y la economía de mercado. Al mismo tiempo, la democracia liberal no solo parecía el mal menor. Al contrario, se convirtió en la doctrina filosóficamente deseable: el punto de llegada irreversible en la evolución ideológica de la humanidad.

Sin embargo, el aire triunfal que presidió la victoria de la democracia liberal sobre las llamadas democracias populares de cuño comunista nos hizo perder de vista el carácter contingente y mudable de los sistemas políticos. Las ideas sobre las que se fundaba nuestro sistema de libertades occidentales dejaron de ser principios vivos, activos y conectados con las razones históricas que las vieron nacer. Se convirtieron, de la noche a la mañana, en consignas repetidas sin sentido, vacías, sin vida e incapaces de animar una política con mayúsculas.

Solamente hace falta echar un vistazo a la política española y mundial que nos ha dejado el escenario posterior a la crisis para caer en la cuenta de que el sistema de libertades que disfrutamos en el marco de la democracia liberal y representativa no es un punto de llegada sin retorno.

El florecimiento de discursos populistas y nacionalistas y el éxito electoral de los partidos que los defienden nos debería servir de advertencia para entender que nuestro sistema de libertades no es un regalo, ni un mero suceso natural. Muy al contrario, debería ser el acicate para entender que nuestro sistema de libertades ha costado conseguirlo y requiere de un esfuerzo constante y sostenido para defenderlo.

Y algo más. El escenario político actual debería servir para advertir de que los viejos demonios de la política europea siguen vivos. Se esconden detrás de nuevos y sofisticados lenguajes y se alimentan de la desafección que ha dejado la crisis económica, política y social. Pero su objetivo y su carga antiliberal siguen siendo las mismas.

Aunque resulte muy entretenido volver una y otra vez sobre el microanálisis electoral, sería preferible no dejar que los árboles nos impidieran ver el bosque.

Hoy en Europa, punto arriba o punto abajo, con dos escaños más o tres menos, lo que está en juego es el consenso en el que desde la Segunda Guerra Mundial se han asentado la libertad, el estado de derecho y el progreso económico como nunca Europa lo habíamos experimentado. Primero, la democracia venció al nazismo. Más de cuatro décadas después, venció al comunismo. Se demostró que a libertad puede parecer frágil pero es indigesta para los quieren acabar con ella.

Ese acuerdo fundamental se encuentra resquebrajado y sometido a una estrategia que persigue su ruptura.

Una ruptura que parte de la división de la sociedad en bandos antagónicos; que busca generalizar el conflicto; que recupera la dialéctica totalitaria del enemigo frente a la civilidad democrática de la confrontación entre adversarios.

La respuesta debe ser la firmeza frente a los intolerantes y la denuncia de la manipulación populista de la democracia. Pero no será una respuesta suficiente si no significa también la recuperación de la política como encuentro y conversación, como ejercicio de liderazgo y como propuesta inclusiva a la sociedad. Una propuesta que reclame para la política el terreno que no deben ocupar ni la demagogia sesgada hacia el totalitarismo ni la tecnocracia que quiere desbordar su posición instrumental en la gestión de los intereses públicos.

La política, así lo decían los clásicos, es una de las empresas más nobles a las que una persona puede dedicar su vida. Se trata de la “ciencia de las ciencias” y no de un mal menor, porque se ocupa de velar por las condiciones sin las cuales ninguna actividad humana sería posible.

Sin embargo, hoy la política está bajo sospecha. Se percibe en la calle y así lo dicen los indicadores sociales. Solamente hace falta mirar las encuestas para ver que nuestras sociedades no ven a los representantes políticos como una solución a los problemas que acucian al país, sino como parte –y parte importante– del mismo problema.

La mejor manera de devolver el crédito a la política española es volver a la gran política, a la política que se gana el respeto, a una política inspirada por las más altas ideas. Porque si jugamos a menospreciar el poder de las ideas, o a creer que es posible hacer política sin ellas, tendremos que asumir las consecuencias.

En la célebre conferencia Dos conceptos de libertad, el filósofo Isaiah Berlin nos recordaba que el tema central de la política, desde la antigüedad hasta hoy, sigue siendo dar respuesta efectiva a una serie de preguntas muy simples, pero de poderosas implicaciones. “¿Por qué no puedo vivir como quiera?”, “¿Por qué debo obedecer a otra persona?”, “Si no obedezco, ¿puedo ser coaccionado?”, “¿Por quién, hasta qué punto, en nombre de qué y con motivo de qué?”

La historia política de Occidente, bien puede decirse, es la historia de las opciones que se han tomado a la hora de dar respuesta a estas preguntas. Y esas opciones han ejemplificado una elección entre unas ideas y otras. Pues las ideas orientan, dan contenido y dotan de identidad al poder político.

No es lo mismo, desde luego, el concepto de libertad que se desprende de la cultura liberal, que aquel que se predica de los discursos populistas. Y otro tanto ocurriría si pusiésemos a prueba el desarrollo histórico de ideas como la propiedad, la patria, la justicia o la igualdad, por citar algunas.

Termino reiterando mi apelación a que emprendamos esa conversación sobre la política que debe ser conversación a la vez cívica y nacional. Tenemos que hablar del Estado, de la sociedad civil, del mercado, de Europa, del pluralismo cultural, de la nación. Estas jornadas que tenemos por delante quieren ser una parte, modesta pero comprometida y rigurosa, de esa conversación a la que apelamos.

Queda abierto el curso ‘Presente y futuro del debate ideológico’ del programa de los cursos de verano 2016 de la Universidad Complutense de Madrid”.

